

CRUZ PROCESIONAL CON ESMALTES

A lo largo de la historia la Iglesia empleó el arte como vehículo de expresión religiosa y de formación del pueblo. El arte sagrado nació para el culto y la devoción del pueblo cristiano, y las obras son producto de cada época histórica en las que se revela su idiosincrasia, programa ideológico y mentalidad. La poderosa presencia escénica de la liturgia medieval estaba configurada por la sensorial simbiosis de arquitectura, escultura, pintura, orfebrería, telas, incienso y música creando un profundo ambiente espiritual. Por ello, la Iglesia era el principal cliente de los orfebres. Las piezas de uso pontifical, como báculos, cetros y mitras, estaban destinadas a las sedes catedralicias; las de carácter litúrgico, como custodias, cruces procesionales, copones, cálices, incensarios, portapaces o crismas, eran requeridas por todos los templos parroquiales e iglesias conventuales. Entre los objetos que constituyen el ajuar litúrgico la cruz procesional será uno de los más relevantes. Destinada a la exhibición pública en procesiones religiosas se busca dotarla del mayor realce y ostentación, pues es el símbolo de la parroquia y lo que la diferencia de otras. La confección de la cruz mayor movilizó la economía de cada feligresía recurriendo en muchos casos a los donativos para costearla; así donadores particulares, movidos por la devoción, en vida o por testamento, encargaron estas obras, que además de su utilidad en las celebraciones sagradas, son testigos de la piedad y de la generosidad de los cristianos evidenciando el gran interés que existe entorno a estas piezas. Las cruces procesionales, al ser el distintivo por excelencia de la parroquia o cofradía que representaba, fue siempre elemento de elaboración muy cuidada, siendo motivo de orgullo para los feligreses y origen de rivalidades entre los diversos templos y por eso está presente incluso en las más humildes capillas, normalmente una por parroquia, aunque algunas tienen una cruz de metal precioso, plata en su color o sobredorada para las celebraciones de las fiestas principales y relegan la cruz de latón o bronce para el culto común.

También los monasterios encargaron cruces procesionales para abrir, alzadas, los cortejos sobrios de la liturgia que deambulaban cantando salmodias polo claustro o se acercaban al cementerio a despedir con responsos a los monjes difuntos. Y, como en las parroquias, era exhibida en alto para que, al frente de las procesiones, fueran el centro de todas las miradas y guía para los fieles, simbolizando de este modo la vida del cristiano que debe de ir tras la cruz de Cristo. En la Edad Media se considera a la cruz como signo sobrenatural de la victoria. El programa

iconográfico desarrollado en esta época ratifica la dualidad que simboliza la cruz: muerte y salvación al mismo tiempo. Consiguió gran popularidad el tema del crucificado que pierde los símbolos de triunfo para adquirir un contenido dramático pues se sacrifica en el calvario. Al lado de Jesús como hombre muerto aparece también el dolor de María.

Con el arte gótico se abre un capítulo de singular importancia para la orfebrería española y particularmente para la castellano-leonesa. Las cruces procesionales constituyen el mayor número de piezas conservadas, cantidad suficiente para establecer una clasificación tipológica. La evolución partiría de la cruz griega patada del siglo XII, pasando al modelo más generalizado, el de brazos rectos con terminaciones flordelisadas y expansiones cuadrilobuladas, con cabujones y esmaltes de los siglos XIII y XIV, perviviendo en el siglo XV. A medida que la cronología de las piezas se aproxima al siglo XVI, es más frecuente que la terminación de los brazos adopte formas treboladas, a veces de perfil conopial. Surgen también las cruces de brazos cilíndricos. Un modelo muy interesante es el denominado “de gallos” o nudos, en el que el árbol está salpicado de pequeños cilindros semejando ramas cortadas del tronco, identificándose la cruz con el Árbol de la Vida; éste modelo se relaciona con el platero alemán Enrique de Arfe, quien fue el creador de la cruz de brazos rectos con cuadrantes y terminaciones circulares que supone un importante avance estructural hacia formas renacentistas. Los pies de las cruces responden al tipo de manzana esférica achatada, con esmaltes en cabujón sobre el perímetro diametral; otra posibilidad es el pie en castillete hexagonal de dos pisos; los orfebres componen auténticas arquitecturas en miniatura con ventanas, arbotantes, pináculos, esculturas y alusiones a las vidrieras por medio de los esmaltes. Ésta pieza que conserva el Museo Arqueológico, con el número de registro 547, pertenece a la tipología de brazos cilíndricos lisos y huecos por dentro ya que la estructura es un núcleo de madera que recibe el nombre de “alma”, revestida con la lámina de latón en la que se sobreponen por medio de soldadura los elementos decorativos y las figuras. Se trata de una cruz latina en latón dorado, producto de la aleación de cobre y cinc, de 58x36cm., elaborada entorno al año 1500. Técnicamente predominan el cincelado, la fundición y el repujado. En los extremos presenta decoración de una cenefa con moldura sogueada y un friso con crestería de flor de lis - motivos muy usuales- que además sirven para ocultar la unión de las esferas que los rematan. La parte exterior de estas bolas se decora con seis vástagos ondulados en disposición radial que sólo se conservan en la esfera superior. Destinada a ir sobre el extremo de un palo o astil, está dotada para su colocación de un cañón hueco que es cilíndrico y liso. La manzana es

achata y se decora con un repujado de hojas lanceoladas de contorno rehundido, en dos filas, formando seis rombos donde resaltan seis cabujones que encierran esmaltes con bustos de apóstoles barbados y de perfil sin atributo que los identifique. Sólo dos se conservan íntegramente, pues son elementos frágiles que saltan con facilidad. La orfebrería gótica se embelleció con el cromatismo brillante del esmalte translúcido, por contraposición al opaco del románico. Ésta pasta vidriosa hecha con sílice y óxidos metálicos colorantes como el óxido de cobalto (azul) o cinc (blanco) se aplica sobre el metal y se funde a altas temperaturas. El país creador fue probablemente Italia, pero también los encontramos en Francia, Alemania y en España, especialmente en la Corona de Aragón. Conserva en el anverso la figura fundida de Cristo Crucificado, en el que se aprecia un mayor cuidado en la ejecución de la cabeza frente al resto del cuerpo, con incisiones anatómicas y líneas quebradas en el paño de pureza tendiendo hacia formas más redondeadas y un naturalismo más humano. Corresponde claramente a un típico crucifijo gótico, con los pies de Cristo sujetos a la cruz por solo tres clavos en lugar de los cuatro que solía tener en el período románico, lo que hace desaparecer el paralelismo de los pies que se disponen en aspa. Tampoco lleva la corona real sino la de espinas pues no es un cristo en majestad. A pesar de todos estos detalles, la actitud corporal y su expresión no se corresponden todavía con el espíritu propio del pleno estilo gótico pues sus rasgos fisonómicos no expresan dolor ni su cuerpo tiene la tensión propia de un martirio tan cruel. La cabeza se inclina hacia el hombro derecho mostrando un rostro de aparente impassibilidad, con los ojos y la boca cerrados. Los brazos, horizontales, se alinean al travesaño y las manos se extienden completamente con los dedos juntos y el pulgar separado. El *perizonium* o paño de pureza pierde la verticalidad románica y se acorta al estar recogido sobre la pierna derecha. Uno de los principales rasgos que diferencian a la escultura gótica respecto a la románica es la progresiva humanización, demostrando con las actitudes y expresiones, sentimientos que lo acercan al fiel que lo contempla.

La pieza sufrió arreglos debido a la presencia de fisuras en el metal, así como una desafortunada remodelación en la que se sustituyeron los clavos por unos muy toscos y desproporcionados.

Se aprecian los agujeros para colocar, en el reverso, la Virgen con el Niño así como las placas cuadrilobuladas que representan a los Evangelistas (una en el anverso y tres en el reverso completando el Tetramorfos) desaparecidas todas ellas. No se localizaron marcas de orfebre ni tenemos

datos documentales de su origen, excepto que fue adquirida por la Comisión Provincial de Monumentos.

Cruces del mismo tipo son la cruz parroquial de Esposende (Ribadavia, Ourense), la de Villafeliz de Babia (León) y la de Sorzano en la Rioja, encontrándose ejemplos muy similares en León, Valladolid, Palencia, Zamora, Santander y Navarra lo que nos habla de la amplia difusión y aceptación de este modelo de cruz procesional.